CRÍMEN

PARA LA BENEFICENCIA PÚBLICA

Joaquina Rodríguez Plaza

LA MUERTE Y LA DONCELLA

Mi joven alumna me había invitado a tomar café en su casa. Sospeché que veía en mi hombro una gran esponja capaz de enjugar su dolor de amores. No me equivoqué.

En cuanto me hizo sentar en la sala, se apresuró a colocar un disco en el aparato de música: uno de mis favoritos: *La muerte y la doncella* de Franz Schubert. ¡Qué maravilla de *allegro!*

Ella se sentó a mi lado y preludió con alabanzas: que si yo era una mujer tan humana, tan sabia, tan experimentada. Las notas sincopadas de la viola coincidían con sus palabras. "Estoy en un problema horrible. No sé qué hacer. Ni qué pensar. Me volvió a llamar Fulanito. Cuando llegó Menganito pensó que..."

Cuando se iniciaba el *andante con moto* vi que le asomaban lágrimas en los ojos. ¿Qué había ocurrido, qué me había dicho? ¡Dios mío!, yo no había podido retener nombres ni enlazar conflictos. ¿Quién le había telefoneado? ¿De quién era la carta que me había leído? ¿De qué fiesta me hablaba? ¿De qué vestido? ¿Qué me había dicho de su mamá? Yo no había oído sino el diálogo entre la viola y el chelo y las variantes siempre renovadas de la idea principal: la Muerte en persecución de la Doncella.

Mi alumna continuaba hablando y yo me aburría con su charla banal y tonta. Cada vez entendía menos y me impacientaba más. La única manera de terminar con aquel caos de palabras y cuerdas fue acallar a las primeras. La caza terminó con el *presto*.